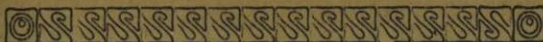


cuando la vida ya va andada, la historia de todos es la historia de uno mismo.

Por eso los viejos saben tantos cuentos, que nadie les ha contado... y es únicamente porque saben el suyo; que toda la sabiduría de la vida se reduce á haberla vivido.

Y sin más prefacio, que lo mucho huelga y lo breve se apetece, vamos con el sucedido, narración, leyenda ó lo que fuere, que yo mismo no estoy muy seguro de lo que fué.

Para seguir un método—y para que brinquen páginas los amadores de la acción y los fervientes de los hechos, que desprecian detalles y comentarios—dividiremos este episodio en tres capítulos, que podrán titularse: el escenario, los tipos y el cuento. Un capítulo para enteraros en dónde pasó, otro para conocer entre quiénes pasó, y el último para que sepáis, por fin, lo que pasó... ó lo que no pasó, con grave riesgo de incurrir en censura de los hombres prácticos, que suelen ser, en lo escondido de sus intimidades, los más románticos soñadores de ese sueño que se llama poesía, y de ese ideal que se llama el puro amor...



CAPÍTULO PRIMERO

EL ESCENARIO

Á primera vista, parece indiferente que las cosas ocurran en un sitio ó en otro, y, sin embargo, ahí está el secreto de las cosas mismas. De lo poblado á lo desierto, de la hora, de la luz... depende nuestra situación de ánimo, y por consecuencia las sensaciones que experimentamos y los actos que se realizan. En el desierto, el valor se divide por el vacío; ante gente, el valor se multiplica por la vergüenza: de ahí la cobardía ó la heroicidad. En un país de sol, sin crepúsculos, eternamente irradiador, no habría más que locos; en un país de nieblas, puede haber amadores también; que nadie, para soñar, busca la luz esplendorosa, sino la suave penumbra de la mañana ó del caer de la tarde, cuando las formas, indecisas y desdibujadas, toman fácilmente la forma que la fantasía quiere darles.

El sol y el calor, juntos, no han sabido crear más que la exaltación furiosa ó la dormilona pereza; la obscuridad y el frío, juntos, han creado los dioses, los fantasmas y las ánimas errantes y trasnochadoras con su blanco séquito de apari-

ciones, que hacen pensar que tiemblan de miedo á los que sólo tiemblan de frío...

La lluvia, la bienhechora lluvia, que purifica la atmósfera y da vida al germen escondido en la tierra, y es el primer elemento, quizá el único indispensable para la existencia de todos los seres... ¡cuántas tristezas habrá dado sólo por el monótono canturreo de sus gotas al chocar y deshacerse contra el suelo y los muros...!

Hay muchas cosas que no pueden ocurrir más que á una hora determinada; hay muchas pasiones que no vibran con fuerza bastante para exteriorizarse más que á una hora y á una luz precisa; hay muchos amores que no pasarían de la frivolidad de amoríos si no encontraren la hora, la luz y el sitio adecuado. A una hora cualquiera, y en cualquier lugar, se llega á poseer; pero hace falta la hora tranquila, el sitio oculto y la luz discreta, que casi no sea luz, para disfrutar de lo que se ama y se logra.

En medio del campo, á medio día y mediando su carrera el sol, se explica uno las batallas, las faenas de la labor ó el paso de una brillante comitiva... de todo lo que requiere una claridad potente para herir seguro, trabajar de firme ó deslunibrar con sedas y brocados. Es buena hora y buen momento para lo que se encamina á producir efectos exteriores: para codicias, odios y vanidades; pero no es sitio ni ocasión para que se atreva á salir del refugio de un alma un sentimiento noble y pudoroso...

El día es de los audaces; la noche es de los tímidos. El día es para los que pelean; la noche para los que se rinden.

La luz es para los que buscan; la sombra, para los que aguardan. La luz es para el que necesita

ver; la sombra, para el que ya ha visto... y para el que tiene los sentidos tan hechizados que ve sin mirar lo que acaricia sin ver...

Y si la hora y el sitio y la luz alteran de tal modo nuestro pensar, forzosamente he de presentaros, con el mayor relieve posible, el lugar de la acción, para que os percatéis bien dónde pasan, á qué hora pasan, y por qué pasan los lances que voy á referiros, que de estos detalles pende la verosimilitud de mi relato.

Se alzó el telón. El escenario representa un saloncito, en una casa de Madrid; no artístico ni lujoso; no modernista, ni siquiera moderno, pero sí muy limpio y muy coquetón. No hay fortuna en los dueños de la casa para permitirse el costoso capricho de remozar los mobiliarios al compás de la moda; pero en todo ello se observa pronto que por allí ha pasado la mano de una mujer que sabe mandar... ó la mano de un hombre que piensa en una mujer.

Los cortinajes y la sillería, de un color pálido y de un solo color, demuestran que se han preocupado de no llamar la atención eligiendo un tono llamativo y de no verse precisados á comprar otros cada dos años; que los dibujos cambian rápidamente, y un color, ó mejor dicho, el matiz de un color, no resulta anticuado jamás.

Evidentemente, aquello es obra de un ángel de la administración; ángel, por lo que tenga de femenino, y administración por lo que se nota de ahorradora. No es un salón ideal, ni siquiera ideal *room*, pero es un saloncito muy mono, con el buen gusto de tener unos grabados preciosos en vez de unos cuadros malos, y con el buen acuerdo de no poner más sillas que las que lógicamente pudieran ocuparse en las visitas acos-

tumbradas, de modo que las personas encuentren sillas, pero no que las sillas estorben el paso á las personas y haya que apartar media docena para sentarse en una, como suele ocurrir en algunos sitios, en los que es preciso un curso de estrategia para avanzar y otro curso de mundología para no azorarse, viéndose obligado á dar con la mano á unos cuantos muebles antes de dar la mano á la señora de la casa; y conozco pocas situaciones tan cómicas como la del buen señor que va tropezando con butacas y mesitas volantes tras de una dama que parece muy próxima y está, sin embargo, muy distante por el dichoso laberinto que les sirve de defensa. Y menos mal cuando las damas limitan á eso su defensa...

Una lámpara de pie, con su pantalla de papel plegado, de habilidosa confección casera, y otra, central, en el techo, de tres brazos, procedente de una fábrica alemana, de esas que han inundado los bazares.

Una puerta grande, de las que llaman solemnemente de recibo, situada al foro, ó sea al frente del espectador, y otra pequeña, á derecha, de las que familiarmente se denominan puerta de escape, y por donde entran muy precipitadas las señoras que están aguardando hace mucho tiempo la visita esa, como si las sorprendieran sin terminar de arreglarse. Y generalmente es verdad, que no se arreglan hasta después...

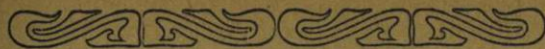
A izquierda, dos ventanas, con los mismos stores del mismo hilo crudo y con la misma cenefa calada de todas las ventanas de todas las casas de todo Madrid.

Estamos en invierno, por la tarde, á eso de las cinco, cuando todavía hay suficiente claridad

para no precisar que se encienda la luz artificial, y cuando hay bastante poca luz para que no resultase injustificado el encender otra. Es el instante en que se dice que estamos entre dos luces, aunque en rigor no hay más que una y débil. Pero reconoceremos que para mucha gente buena y para muchas intenciones malas, esa es sobrada.

De manera, pues, que el escenario ha de representar un saloncito cuidadosamente puesto; ha de ser en invierno, á la caída de la tarde, y no habrá más luz que la natural del día en esa hora y en ese tiempo.





CAPÍTULO II

LOS TIPOS

DE igual modo que el decorado reflejará con aproximada exactitud el lugar en que la acción va á desarrollarse, es menester que los tipos que en ella figuran se caractericen en consonancia y con la propiedad indispensable, para dar idea de que verdaderamente son lo que aparentan, prestando especialísima atención, no á lo que ellos hablan, que eso por fuerza han de saberlo, sino a lo que de ellos hablan, que eso en muchas ocasiones lo ignoran, por el desprecio absoluto, y no siempre justificado, que algunos señores comediantes se complacen en demostrar á todas las escenas en que no intervienen, creyendo que las obras empiezan cuando ellos entran y terminan cuando ellos desaparecen.

Los primerizos literarios se deleitan describiendo, con prolija minuciosidad, todos los rasgos que estiman convenientes para dar la impresión más cabal del personaje imaginado; los que tenemos ya alguna práctica, nos ahorramos este futuro desengaño, pues son contadísimos los artistas que se caracterizan, y más contados aún

los que han estudiado el difícil arte de cambiar las líneas generales de una fisonomía.

Unos bigotes sujetados con gomas á las orejas, que dan siempre el efecto encantador de bozales mal colocados, aunque en alguna circunstancia puedan ser merecidos; una peluca que vaya lo más despegada posible de la frente, de las sienes y del cuello, sin duda con la sana intención de no engañar al público ni en eso, y para que conste bien que es postiza, y cuatro tiznos en las mejillas para avejentarse, ó cuatro golpes de carmín con la delicada brocha de un dedo humedecido—y que de paso se lava—para causar destrozos en los corazones sensibles á tanta belleza... y á tanta distancia, constituyen el ajuar y el trabajo diario para la diferenciación de los tipos que representan.

Siendo este accidente de los más importantísimos para la ficción escénica, es de los más descuidados; casi me atrevería á decir que á los artistas no les importa poco ni mucho; y así se da el caso de que cobren magníficos sueldos, y sean muy solicitados, actores que no tienen más merito que el poner un poco de empeño en la presentación de su tipo: Pero esto, los demás, se obstinan en no reconocerlo, y continúan con la santa rutina y las gomas flojas...

En los viejos no hay que cavilar ya en mudanzas que, después de todo, á ellos solos les atañe, si han de conservar su puesto; en los jóvenes, por fortuna del arte y para provecho suyo, va iniciándose una saludable reacción; y podría citar, si á cuento viniera dentro de un cuento, los nombres de una docena que cavilan y ponen en tortura el magín para aproximarse á esta rea-

lidad, en donde estriba el éxito de las obras y el prestigio de los actores.

Si este mi *Querer y no querer*, en el que sólo puse querer, llevara rumbo para el teatro, no diría más que las consabidas acotaciones de los repartos usuales: *Enrique, cuarenta años...*, y que el actor comprenda y componga al Enrique ese como mejor le venga en gana; pero, tratándose de lo escrito únicamente, cabe, sin miedo á la desilusión, pintar y describir como en la imaginación—ó en la realidad—lo he visto.

Como por el mundo siempre andan revueltos y en inseparable amasijo lo bufo y lo trágico, lo serio y lo burlesco, sin que nadie sepa jamás en qué estado de alma se encuentra el alma de quien habla con uno, mi tragicomedia lleva también mezclado lo grotesco y lo sentimental, lo que es hambre del cuerpo y lo que es ansia del espíritu, sin parar mientes en la oportunidad del contraste; que esto de ser oportuno tiene, como todo, sus dos caras, y si el que va á solicitar un favor de dinero á un hombre agobiado por una pena cruel é inconsolable de momento, es inoportuno al hablar de su miseria ante la miseria más honda de aquel dolor, en cambio el otro no es nada oportuno negándose á aliviar á un desvalido cuando él mismo ansiaría alivio para su pesadumbre; y si le socorre, como no buscaba más que esto, lo ha encontrado todo, y difícilmente llamará á otra puerta en mejor ocasión...

Cuatro son las siluetas que pretendo dibujar: dos mujeres y dos hombres. Una, desengañada, temerosa, con esperanzas que no se atreve á formular; otra, engañándose á sí propia con palabras que no están de acuerdo, ni lo pueden estar, con sus ambiciones. Uno, falso y poco leal,

pero equivocándose honradamente en su ansia de lealtades; otro, ruin, consciente de su ruindad y gozoso de lograr su objeto, cualquiera que sea la opinión que forme de sus actos, aunque ya está persuadido de que cualquiera ha de ser mala.

La desengañada, la temerosa, se llama en el cuento Isabel. En la vida de quien lo lea, él sabrá cómo se llamó... Puede ser alta, con ondular de espiga y morbideces de diosa; puede ser baja, con andares pausados y contornos de matrona..., que la historia de su cuerpo no va por el cuerpo, sino por el alma; y cuanto de ella espero, como tipo, ha de leerse en las frescas arrugas, en las contadas canas, precursoras de próximas nieves, y en los ojos, inquietos y escrutadores, siempre que no estén como dormidos y sin brillo. Cuando le refrieguen los afares, resplandecerán los ojos; cuando la conversación vaya normal y tranquila, tranquilos y apagados estarán sus ojos.

En el hablar será cautelosa, al modo con que se expresan todos los que han sufrido mucho; al responder será convencida, como todos los que esperan. Y de su persona entera, de sus gestos, de sus inflexiones, del mismo pasar rápido y aparentemente voluble del temor á la confianza, se desprenderá sinceridad y franqueza.

Del traje se deducirá idéntica persuasión de verdad. Ni tocas de viuda inconsolable, de esas que llevan tanta pesadumbre en el vestido y tanta alegría en el semblante, y van tan ligeras por la calle como si les hubieran colocado sello de urgencia para llegar á nuevo y feliz destino de amor, ni chocarrero equipo de señora, de esas que van solicitando que nadie crea que lo son.

En una palabra; una mujer de las que los

hombres dicen que son elegantes después de haberlas mirado un rato con detenimiento, no de las que ellas mismas avisan su elegancia...

La segunda dama no es dama más que por su palabra. La posición social es de sirvienta con grado de señora, ama de llaves por las llaves, reina por las pretensiones y criada por el aprecio. No sueña con nada y aceptaría todo. Se llama Remedios; la llaman doña Remedios, y ella querría ser la señora doña Remedios, por su fortuna, ó la señora de Tal..., por su estado.

Moralmente, es la envidia andando, cuando anda, y la envidia parada, cuando se detiene. Físicamente, es jamona. Legalmente, es soltera; en imaginación, es viuda. Come bien, duerme bien y habla mal.

Ella y yo creemos en la felicidad terrestre, salvo el detalle, que ella sola deplora, de la susodicha viudez espiritual.

El primer papel de galán va repartido á un hombre maduro que, naturalmente, no cree en su madurez, que ya ha venido, y sigue creyendo en la juventud, que ya le huyó... Fué joven, se lo llaman los viejos, y está decidido á no entregarse; tiene ya algunas canas y las enseña, gozoso, para explicar cómo el pelo blanco no es signo de vejez.

La prueba es que él las tiene...

Las arrugas le hacen sonreír; es señal de que ha vivido de prisa.

Los consejos de prudencia le envanecen; es señal de que los demás reconocen sus aventuras pasadas. Todo para él es sistema de acatamiento ó prueba de superioridad masculina, y está encantado de todo, pero especialmente de sus defectos.

Con las mujeres cometió muchas charranadas; pero el buen Enrique no se conceptúa charrán, porque en el fondo de su corazón guarda inmaculado un cariño, y á éste le debe respetos y perseverancias: el resto, no cuenta... ó por lo menos, no lo cuenta él.

Sus amoríos empezaron siempre confesando que tiene otro amor, y, como no ha engañado al empezar, se considera en franquía para concluir.

Físicamente, puede ser un buen mozo ó, sin serlo, puede estar clasificado entre los hombres afortunados.

El otro personaje varón que completa el cuarteto, no precisa signos especiales, ni estudio de carácter, ni modales determinados, ni siquiera ropa negra, como dicen los chulos.

Rodríguez es uno cualquiera, que ha de parecerse á uno cualquiera; del modo que le caractericen así ha de ser.

Joven ó viejo, distinguido ó vulgar, elegante ó derrotado, así es.

Este me parece el tipo más fácil de representar..

Fuera de estas dos parejas, sólo existe un personaje episódico, una florista, que ha de ser joven y bonita, para diferenciarse de las floristas verdaderas, que les ha dado por ser viejas y feas, figurándose quizá que basta y sobra con el encanto de las flores para amortiguar la desilusión de sus mugrientas y ajadas fisonomías.

¡Error deplorable!

Aun no van muy lejanos los tiempos en que las chiquillas, vendiendo flores, pregonaban amores; hoy tiran de lejos los ramos de rosas para obligar á que les paguen como limosna lo que na-

die compraría por el gusto de cruzar una palabra galante con una vendedora gentil y arrisca-da, pues las floridas Venus del arroyo se han trocado en utilísimas, pero desagradables Celestinas de lo barato...

Ya está el escenario y ya están los tipos; ya está el lugar y la hora. Alzada la cortina, el apuntador en la concha, encendidas las baterías é impaciente y silencioso el temido senado.

Hay una pausa breve y terrible.

El segundo apunte ha dicho ya, á voz en grito, las fatídicas y clásicas palabras: «¡vamos á empezar!...»

Y corre por los nervios de los actores un estremecimiento de ansiedad.

Atención, que la comedia empieza...

